

TRIBUNA ABIERTA

## ¿Hablando se entiende la gente?



POR ANTONIO NARBONA

A un palentino no se le entiende mejor (ni peor) que a un andaluz o a un mexicano por tener hábitos articularios distintos

CON *hablar*, exclusiva capacidad humana, hemos ido acuñando expresiones que acaban convertidas en 'frases hechas': *hablar por hablar, hablar por los codos, hablar sin saber, dar que hablar...* Pese a que en esta época de las *fake news* y de la 'postverdad' *diálogo* es la palabra más usada (junto a *consenso*, inalcanzable sin *dialogar*) por los políticos y los ciudadanos *no paramos de hablar* (ya casi tanto 'por escrito' como oralmente), los primeros no se entienden (hasta los debates de campañas electorales saltan por los aires), y en ciertos mensajes de los segundos bien poco hay que *entender*. De manera que también *hablando se entiende la gente* se está quedando sin contenido.

¿Qué se *entiende* por *entender(se)*? ¿*entienden* todos de igual modo una misma expresión? El comportamiento lingüístico de los miembros de una *comunidad* idiomática varía notablemente, pues muy distintas son las circunstancias en que se desarrolla la competencia oral y escrita de cada uno de ellos. Y menos mal que la educación se encarga de atenuar algunas de las desigualdades y desequilibrios sociales.

El *entendimiento* —del que forman parte los *sobreentendidos*— no depende principalmente del fonetismo. La trifulca mediática (de 'racismo lingüístico' [i] se llegó a hablar) suscitada por alguna intervención de la ministra Portavoz del Gobierno no podía durar mucho, al descansar (aparte algún deslíz no muy relevante, como «el gobierno trabaja desde el final del día a la noche») en la realización como *s* de algunas *z* (o *c*) y en que se 'comía' (*fonoelipsis*) o 'aspiraba' otras en posición implosiva (*lah muhere*). Aunque la pronunciación pueda llegar a provocar un momentáneo equívoco (tras la cena con que concluyó una 'dura' jornada de arreglos domésticos, el desahogo *¡y yo no iba-sé ná!* de quien había sido 'explotado' por su habilidad como 'manitas' fue entendido por su aprovechado amigo como '¡y yo no iba a cenar!' —de ahí que replicara *¡pues anda que si llegas a tener hambre!*—, cuando lo que quiso decir era *¡y yo [pensaba que] no iba a [tener que] hacer nada!*'), en la práctica el contexto suele encargarse de que quien oye [sensó] (o [cenzó]) interprete que se trata de *sensor* o de *ensor*, y de que no confunda la[s] *salsa[s]* con la[s] *zarza[s]* al oír [sarsa] (o [zarza]). Además, *asusá* no puede 'entenderse' más que como 'azuzar'. No, por tener hábitos articularios distintos, a un palentino no se le entiende mejor (ni peor) que a un andaluz o a un mexicano.

La gente se *'entiende'* cuando sabe decir cabal-

mente lo que pretende que se *'entienda'*. Para *entenderse con otro*, primero hay que *entenderlo*, se comparta o no lo que dice. Eso de que «*a buen entendedor pocas palabras bastan*» es a menudo media verdad, cuando no una falsedad. Sin decirse (casi) nada, logran *'entenderse'* los que conviven al referirse a su ámbito práctico y cotidiano. A la pregunta «¿cómo está tu padre?» el interpelado se limita a mover una mano, lo que descifra bien el interlocutor: «bueno, a ver si mejora». Pero cuando la complicidad y la connivencia no son tan estrechas y no se trata de lo inmediato, es preciso disponer del léxico apropiado y, sobre todo, saber insertarlo de manera adecuada en moldes melódico-constructivos que transmitan eficazmente el sentido intencional. Sin el adiestramiento que permite amoldarse a las condiciones de cada situación comunicativa, el intercambio comunicativo fracasa. En un serio programa de radio oí este intercambio: «—¿Sabes que cuando oigo esta música me imagino a una perrita dando brincos? —Es que tú tienes una imaginación! —Pues será eso». El alargamiento de la vocal y la inflexión ascendente hicieron *entender* al interlocutor (y a los oyentes) lo que ninguna expresión elativa hubiera logrado mejor. Aquilatar en qué actuación formal pueden aprovecharse recursos prosódicos propios de la



ABC

conversación coloquial, como los que hacen que el receptor *entienda* sin esfuerzo *janda que no se lo he dicho veces!* 'se lo he dicho muchas veces' o *¡tendrás queja de mí!* 'ninguna razón puedes aducir para quejarte de mi comportamiento', exige perspicacia y entrenamiento, lo que no pasa con el grito o el insulto.

En el habla diaria hay quienes 'creen' que no se harán *entender* si no sueltan a la primera de cambio un 'coño' u otro taco, cuando, en realidad, nada o muy poco es lo que hay que *entenderles*. En el Congreso y los parlamentos regionales, donde *mentira* y *mentiroso* han pasado a ser vocablos de empleo corriente (y no son las únicas expresiones inapropiadas), da la impresión de que no hay *voluntad* (política), porque bastantes de nuestros representantes no 'quieren' *entenderse hablando*. La lengua no es la culpable, y sigue estando a su disposición.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

